

## Sus mejores amigos

*Matías Candeira*

Pronto atardecerá en la villa. Un viento cada vez más furioso levanta las patas metálicas de la portería y vuelve a dejarla en su sitio. La infancia sucede. El mundo gira hasta el segundo tiempo y, entonces, arde de orgullo cuando ese balón de fútbol cruza el aire en una curva poderosa, desciende unos segundos y llega hasta el marcador del equipo contrario.

Uno a cero.

En fin, si se los mira con atención, se podría muy bien decir que esos niños manchados de barro son los más listos y los más decentes de toda la Tierra. Hay uno al que le falta una pierna y al que llaman Velociraptor, por su agilidad con las muletas en el salto hacia adelante. Ya que no puede jugar, él también anima y

hasta hace de árbitro para todos; a veces con gestos de sé mirar vuestro destino. Otro es bizco, y placa con sangre en las faltas y le habla muy bien a las chicas. Uno de más allá está organizando el ataque. Se llama André. Es el que suele chutar el balón con la fuerza de una sierra industrial, tiene la mejor consola y una vez, a pesar de la rabia, le cortó las uñas a su padre antes de que le metieran en la cárcel. Giuseppe, Oscar, Guido, Clement... Hay doce, y es así como sucede. Cada uno tiene su lugar. Cada uno es el mejor en su trabajo.

Lo cierto es que todos juegan, excepto Philippe.

Philippe está quieto en mitad del campo.

Ah, Philippe, ese pobre chico. Apenas se mueve o acierta a tocar la bola. Esta tarde el fútbol no le parece algo de verdadera importancia. Hay ahora preocupaciones más urgentes, más terribles, como haber visto a su madre llorar a escondidas con un programa de televisión sobre perros acróbatas —es por esa infancia espantosa, se dice Philippe, que ha tenido—; o esta mañana, con eso que le ha pasado a su familia, ese secreto que le hace sudar. Pronto anochecerá. Todos se marcharán a casa en una fila.

-Bueno, y a ti qué mierda te pasa —dice Oscar; es de su equipo—. Te ha pasado el delantero. Le podías haber hecho morder el polvo.

Philippe, este niño de trece años un tanto regordete, la piel muy blanca, una camisa enorme de franela roja abotonada hasta el cuello, ha aguantado bastante tiempo sin invitar a sus amigos a casa a que coman bocadillos. Esto le pesa en mitad del corazón, la imposibilidad de celebrar una merienda. Hace ya años que le miraron

porque tenían preguntas, y Philippe, con esa mirada encharcada, tampoco se atrevió a decirles que Olson, un amigo imaginario que tenía, había muerto en sus brazos, como toda la gente que merece la pena. Querrían saber, claro, por qué nunca les deja cruzar el umbral de la granja o qué razón hay para que siempre diga que es mejor no hablar con sus padres. Pero entre ellos los secretos han de respetarse con la fuerza de leyes más antiguas que todos; porque si no te invitan a merendar, si no tienes consola, quién sabe si es porque te lo mereces o es que tu familia da miedo.

Ahora, mientras sus amigos corretean, mientras se agrupan con formas caprichosas en el centro del terreno—Rostif ha igualado el marcador y se ha untado un poco de hierba en la cara, como los viejos mohicanos, ejecutando obscenos rugidos de satisfacción—, Philippe, sucede así, se hunde del todo. Entonces habla, o gimotea, más bien:

-No, no quiero seguir con esto.

-¡Que juegues de una vez! —le grita otro, dándole un manotazo en la nuca—. O vas a estar toda la vida siendo un gordo. ¡Juega, maldita sea!

El partido se detiene. Ese viento embiste a la portería con un crujido seco y asesino, y todos miran muy enfadados a Philippe. Pero él ya no puede más. Ya no puede, sencillamente.

-Bueno, a ver, ¿qué es? —interroga André—. ¿Te han puesto a dieta?

Philippe se queda mudo unos segundos. Luego respira hondo, hasta liberarse.

-Ha muerto mi cabra.

Hay un silencio grave y amarillo.

-Philippe, ¿te has bebido el whisky de tu padre?

-Mi cabra —repite—. Oblonga.

-¡¿Pero tú no tenías un gato, imbécil?! —grita otro, visiblemente molesto por la mentira y la traición—. Nos dijiste que no podía salir de tu sótano.

-Ya, ya. No me gusta, soy el primero al que no le gusta, pero os he mentado. Tenía que hacerlo. Oblonga ha abandonado la Tierra esta mañana.

-¿Cómo se te mueren las cabras? —opina otro más—. Esto me intriga.

Philippe se frota las manos en círculos. En su cabeza, es probable, ha aparecido ahora la verdad del horror; helada, con la forma de un pico.

-Mi padre la ha llevado al bosquecillo —dice—. Me ha prometido que era sólo para hablar con ella, porque se estaba metiendo dentro de nuestra cabeza y oíamos voces. Pero yo sé que no me estaba diciendo la verdad.

Algunos se fijan en Velociraptor. Es al que siempre le sangra la nariz, sobre todo cuando una intuición le atraviesa.

-Bueno, veréis —dice; y los mira a los ojos uno a uno—. Aunque no deba ser calificada como animal de compañía, la cabra es un animal con innumerables ventajas. Puede colmar de amor a los viejos, por ejemplo. Y además te vale para impedir que los rateros te entren en casa y amordacen a tus padres. La cabra es un buen sistema de alarma. El más antiguo del mundo. Hay datos científicos que lo avalan.

Cuando escucha a su amigo, Philippe tiembla de

una manera muy extraña. Se le notan unas pequeñas venas azuladas bajo los ojos. Dos gruesas lágrimas como piedras le bajan por las mejillas rechonchas y, muy despacio, van a morir a la hierba. Ahora se cubre la cara. De pronto, ve la oscuridad caliente dentro de sus manos. Sabe que en quince o veinte años le cabrán los pantalones y las camisas. Últimamente se ha reconocido en sus sueños, más delgado y con una cicatriz que le cruza el ojo, hablándole a un templo en penumbra lleno de gente. Personas que lo miran con ojos alucinados, que se arrodillan sin hacer preguntas. Piensa en la esperanza que da confesar y mirar la vida. Son sus amigos, al fin y al cabo. Tendrán que entenderlo. La vida, a veces, baraja para nosotros las peores respuestas.

-Estamos todo el rato jugando al fútbol —les dice—. Ya, ya sé que sentimos la necesidad de la sangre, de hacernos pupa. Pero hoy no puedo jugar. Es que no puedo, de verdad que no. Me he mareado.

-Pues vete a que te llene de babas tu madre.

-Quiero enseñaros a Oblonga, que para mí era muy importante. Compartid este momento conmigo.

-A la mierda el partido —se escucha ahí atrás.

Algunos patean el suelo y empiezan a mascar chicle. ¿Queda tiempo para esta minucia? No, no queda. El marcador está igualado. Otro de ellos, poco templado y de mal carácter, piensa en enterrar vivo a Philippe o llevarlo al bosque a “hablar tranquilamente con él”, tal y como parece que le ha sucedido a la cabra.

Philippe saca del bolsillo un papel grueso. El tiempo lo ha hecho más y más amarillo. Como cruje, lo desdobra muy despacio, con ternura.

-Esta es Oblonga —dice—. Con el permiso de mi madre, el ser a quien más he querido en toda mi vida.

Todos forman un círculo y, al ver aquello, tragan saliva. Varios empiezan a apartarse, tensos, sin saber cómo poner palabras a lo que sienten. En la fotografía, Philippe lleva unos pantalones cortos de marinero y sonrío mientras intenta que su brazo rodee el cuello de Oblonga. Están en mitad de un granero, aunque la penumbra no permite ver las paredes. La cabra, si puede llamarse así, tiene la altura de un hombre y está erguida, con esa elocuencia de los seres que pueden leernos por dentro. En realidad es una criatura doble, como si dos cuerpos palpitantes llenos de bultos, ocho patas en total, se hubieran juntado de pronto en torno a un cabeza con ojos que tienen el color de la cera derretida. Ojos de algo desconocido. Ojos de algo que no pertenece a este mundo ni se puede cocinar con la receta de una madre bondadosa. Ahí donde tendrían que estar los cuernos, hay dos cicatrices purulentas.

Philippe ha empezado a sollozar en silencio; y como si no hubiera nada que se pudiera decir ante una pena como la suya, que pesa mucho más que las congojas de los otros; como si este asunto debiera ser zanjado para que ninguno tenga que enfrentarse a ese temor que sienten, André toma la palabra. De pronto, todos han empezado a sentir mucho frío.

-Mira, gordito —dice, poniéndole su mano viscosa en el hombro. André a veces parece otra persona, una muy desagradable—. Todo el día andas guardándote cosas y secretitos. Esto y lo otro. Además, tú piénsalo bien. Se habrá muerto por algo. Cuando pasó aquello de

los nazis, lo primero que se cargaron fue a las mujeres judías y a los niños, y después, a las cabras.

De nuevo, todos miran a Velociraptor, que se apoya en las muletas.

-Es posible que ese dato no sea cierto —dice, limpiándose un hilito de sangre de la nariz.

Como el agua hirviendo, el grupo va enfureciéndose. Mascan los chicles de forma anárquica. Hay murmullos de desaprobación. Son muchos.

-Nos importa una mierda tu cabra, Philippe. Mañana se te habrá olvidado.

-Deberías haber tenido un gato con rayas. Con eso sí habiéramos parado el partido con razón.

-¿Cómo has podido querer a esa cosa? Mírala, no cabe por las puertas. No le puedes tirar la pelota.

-Dejad de meteros con ella —dice Philippe, y se toca nerviosamente el botón de la camisa—. Era extraordinaria.

Varios vuelven a consultar a Velociraptor. Él les sostiene la mirada a todos y blande la muleta.

-A ver, a ver, calma —insiste—. Resulta raro que alguien pueda querer a esa criatura asquerosa, aunque no es descabellado pensarlo. Yo, desde luego, no soy ningún dogmático. La pierna que me falta me lo impide.

André, en un descuido de Philippe, se adelanta y le quita la foto. El viento hace crujir tanto la portería. Arriba y abajo, las patas quieren marcharse de allí y arrancar toda la tierra que hay alrededor.

-Mi foto —susurra—. No hagas bromas con eso, André.

-Te vas a olvidar de tu cabra y vamos a jugar al fútbol. Hay que acabar el partido. Es una ley que todo el mundo conoce.

-Devuélvemela.

André niega con la cabeza. Ese vendaval siniestro crece y arranca un poco más las patas de la portería. Entonces abre la mano. Philippe también cruje, se hunde en el polvo, cuando el viento se lleva la fotografía de Oblonga. Gira, se eleva caprichosamente y un segundo después ya se ha perdido de vista. Philippe cae de rodillas sobre la hierba y solloza.

El grupo se ha animado. Minutos después, la han llamado mugrosa, criatura pedorriente y otras cosas peores. Sólo Velociraptor permanece en silencio. Se mira su único pie, un poco avergonzado por toda esa saña. A Philippe ya empieza a resbalarle por dentro la gelatina caliente del odio. Aprieta los dientes, se le secan los ojos con un siseo húmedo, se tapa las orejas. Pero siguen insultándola y, un minuto más tarde, alguien todavía argumenta sobre las ventajas de tener un gato o un delfín hermoso, es una mascota mucho mejor, porque le puedes dar pellizcos. Philippe se serena con la misma elegancia de un cirujano que ha visto morir a una niña. En un gesto de ternura, se sube los calcetines blancos y se desabrocha el botón de la camisa. Todos vuelven a sentir frío. Es extraño, pero su amigo les parece ahora una copia idéntica al de la fotografía, alguien lejano, que puede ver una grieta roja o una lengua más allá del horizonte.

-Era Oblonga —dice—. Era mi cabra. No lo



entendéis.

-Una puñetera mugre, eso es lo que era —se atreve a comentar André.

Philippe se mira las palmas de las manos, y deja caer lentamente las palabras a las profundidades de la tierra.

-Yo vi su gloria... su reino de tinieblas. Ella me enseñó el otro lado. Me quería.

Niega varias veces con la cabeza.

-No, no lo entendéis.

Entonces cierra los ojos y habla en un susurro; y eso lo saben todos, lo bien que habla Philippe. Esta vez, su voz es extraña, y nunca la han escuchado. Está como torcida, llena de agua negra.

-Quietur martis cribdimur doblerrrrcccccccc...

El grupo está muy inquieto. Hay algunos gritos.

-¡¿Pero tú desde cuándo sabes latín?!

-No es latín —dice—. Ya lo veréis.

En el ajetreo del colegio, Philippe ha sido siempre de los más ordenados con sus cuadernos, sus lápices y sus archivadores clasificados alfabéticamente. Por eso, el primero de ellos que ha insultado el honor de Oblonga empieza a gritar porque le están sangrando los ojos.

Después hay un olor espantoso a pelo quemado.

Ahora crece el silencio.

El viento ha arrancado y tumbado la portería, y como es el que manda aquí, la arrastra unos instantes y se la lleva volando hacia las nubes antiguas que presiden del cielo. A Velociraptor se le ve dar alaridos imponentes mientras intenta avanzar con las muletas

hacia el bosquecillo. Tiene una fama innmerecida, piensa Philippe. No va tan rápido después de todo. Se frota las manos y lo mira ahí, a lo lejos. Ah, es tan poca cosa. Está a punto de llegar a los primeros árboles. Comienza a recitar palabras nuevas, palabras obsidianas y suaves con las que en el futuro se arrodillarán los que lo sigan. Al principio no sabe por qué, pero decide que es mejor parar. Se acuerda de Oblonga y se le humedecen los ojos pensando en los buenos momentos, como cuando balaron a la luna y toda la hierba que había bajo el gran álamo, a las afueras de la granja, se puso negra. Bien: tiene que aprender a ser práctico. Ahora que Oblonga no está y todos los demás están viajando a un lugar sin calefacción, sería tonto no guardarse al menos un amigo. Les queda toda la adolescencia por delante. No puede hacerlo todo solo. Algún día tendrán que construir una cabaña en uno de esos árboles y hablar seriamente del champú de las chicas.

-Oblonga —pregunta Philippe al cielo. Ahí arriba acaban de aparecer algunas pequeñas grietas luminosas—. ¿Verdad que tú hubieras hecho lo mismo que yo?

Un instante después, ya tiene su respuesta, así que vuelve a subirse los calcetines manchados de hierba, se peina la raya a un lado y, sin perder más tiempo, anda tranquilamente hacia la fronda.

-¡Velociraptor, espera! ¡Espera que voy contigo!